

Alice Herdan-Zuckmayer
UNA GRANJA EN
LAS GREEN MOUNTAINS

TRADUCCIÓN DE RICHARD GROSS

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: abril de 2018
TÍTULO ORIGINAL: *Die Farm in den grünen Bergen*
DISEÑO DE COLECCIÓN: Julián Rodríguez
MAQUETACIÓN: Grafime

© Alice Herdan-Zuckmayer, 1968. Derechos reservados
a S. Fischer Verlag GmbH. Publicado con la colaboración
de International Editors'Co. Agencia Literaria
© de la traducción, Richard Gross, 2018
© de esta edición, Editorial Periférica, 2018
Apartado de Correos 293. Cáceres 10001
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-16291-64-9
DEPÓSITO LEGAL: CC-107-2018
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

El editor autoriza la reproducción de este libro, total
o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre
y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

Una granja en las Green Mountains

En altos prados, pero de bosques rodeada,
te mantienes firme, a pesar del viento
y la lluvia,
como si estuvieras encadenada al cielo.
Me diste, en América, un hogar.

Con manos laceradas aprendí a cuidarte,
tu chimenea cargué con madera vieja.
Y mientras la luna crecía y menguaba,
viví en paz con los animales, la primavera
y el árbol.

Hasta que una nueva llamada a escena
me obligó a volver al feroz drama diario.
Sin embargo, cuando en sueños la granja
aparece ante mí,
las luces del Norte me muestran el camino
de regreso.

Carl Zuckmayer

EL VIAJE A AMÉRICA

En mayo de 1939 recibimos la noticia de que nuestro visado para América estaba listo.

Algunos días después recibimos la noticia de que nos habían expatriado de Alemania y Austria junto con toda nuestra familia.

Empezaron las despedidas.

Llevábamos más de un año en Chardonne sur Vevey, a orillas del lago de Ginebra, adorábamos el paisaje, el pueblo, los viñedos, la casa; los dueños del hotel se habían hecho amigos nuestros. Habíamos celebrado allí Navidad y Año Nuevo y las bodas de oro de nuestros padres. Ahora teníamos que celebrar la despedida. De Alemania vinieron por última vez nuestros padres; de Austria, Alemania e Italia nuestros amigos, con grandes dificultades para salir y entrar del país.

Sentíamos la guerra inminente en los huesos, nos habíamos convertido en exiliados, celebramos

la despedida como algo definitivo. Decíamos «hasta la próxima» pero sólo teníamos un atisbo de esperanza de que hubiera una próxima vez.

Durante todos los años en América tuvimos añoranza de Chardonne, casi podríamos llamarlo nostalgia del hogar, aunque sólo viviéramos un año allí. Para nosotros era el único lugar de Europa que estaba lleno de recuerdos plácidos.

Nuestra casa en Austria, nuestros pisos en Berlín y Viena fueron expropiados, saqueados, destruidos... pasto de las pesadillas. Con Chardonne, en cambio, se podía soñar, y la verdadera añoranza recuerda sin duda lo invariable e imperecedero.

A Barnard, Vermont, fuimos por primera vez cinco semanas después de nuestro desembarco en América. En aquellos primeros momentos tras nuestra llegada a Nueva York vivimos en el piso de una amiga, que estaba de viaje en California, y a la que conocimos en Berlín en 1925.

Pasamos en Nueva York unas semanas delirantes, vertiginosas, con constantes invitaciones, nos llevaron a la Exposición Universal, nos presentaron en los mejores restaurantes de la ciudad; vimos bailar a los negros en Harlem, comimos espaguetis con los italianos, tomamos té en el barrio de los chinos, vino de España con los españoles, café en los cafés judíos, cerveza en el «Maxl» del cuartel general alemán, y probamos el escalope vienés en un *Beisl* austríaco.

Lo vimos todo, nos dio tiempo a hacer de todo, pero no nos encontramos con nosotros mismos. En aquel

huracán apareció, súbita e inesperadamente, nuestra amiga, llegada en avión desde California, y dijo:

—*Let's go to Vermont.*

Partió antes que nosotros, y a los tres días llamó para decir que nos había encontrado una casita en Barnard. Algunos días después, viajamos a Vermont por primera vez, a bordo de un tren. Fue toda una sorpresa.

El tren se decía «expreso», y tardó siete horas en un trayecto que podría haber salvado cómodamente en cuatro. Se detuvo en un sinfín de estaciones, siempre con un brusco parón; luego arrancaba entre sacudidas no menos violentas. Sólo la buena suspensión de los asientos y su tapizado de terciopelo lo preservaban a uno de romperse la columna vertebral. A veces, el impulso del frenado y el arranque hacía caer el equipaje. Pero los pasajeros sonreían y se lo tomaban con buen humor.

Fue la primera vez que nos topamos con el lento ritmo de América y la afable serenidad de los americanos. Era un día caluroso, pero en el tren hacía fresco. Su equipo de refrigeración era como una calefacción pero de signo inverso; las ventanillas estaban herméticamente cerradas para conservar el frío en el vagón y evitar el calor. Era una sensación extraña estar encerrados detrás de ventanas que no podían abrirse y pasar de una cámara frigorífica a un horno cuando nos apeábamos en las estaciones; como hicimos, por curiosidad, algunas veces.

Antes de que el tren entrara en las estaciones comenzaba a repiquetear una campana, de sonido agudo, afilado. Colgaba de un pequeño gancho, sobre la locomotora, e imaginé que la tocaba un sacristán cuyo segundo oficio consistía en acarrear el carbón. El artilugio debía de datar de la época en que había que espantar, en las praderas, a las manadas de búfalos que se plantaban delante de los trenes.

Llegamos al cabo de siete horas con un *pequeño* retraso. Pero no a la estación que frecuentamos después. Nuestra amiga Dorothy no quería recogernos allí porque era un nudo ferroviario, una ciudad fea con construcciones de ladrillo rojo y el aspecto desolado propio de las estaciones de paso.

Dorothy nos esperaba en la estación con su *station wagon*, un coche que parece una furgoneta y donde caben nueve personas, o bien menos personas y más bultos de carga, que se meten por la parte posterior, que también puede abrirse. Además, sirve para el transporte de escolares, patos, gansos, cabras, cerdos y muebles; es, en suma, el vehículo más práctico para el campo.

Desde la estación y la ciudad de Windsor nos adentramos en las Green Mountains, rumbo a Barnard. El estado de Vermont se llama The Green Mountain State, el estado de las montañas verdes. Situado entre los estados de Nueva York, Massachusetts y New Hampshire, al norte limita con Canadá.